madres á los expósitos, consuelo á los encarcelados, libertadores á los cautivos, pan al hambriento. Y para todos estos ministerios de sacrificio y de abnegación sublime suscita ejércitos de almas generosas que renuncian á todos los halagos y conveniencias de la vida. Y ese ejército se renueva perpetuamente, y para cada miseria que se descubre en el mundo, aparece un nuevo regimiento de almas para remediarla.

III.

Y sabed, amados diocesanos, que el alma de todas estas grandes obras de la caridad es el sacerdocio. Sin religión no hay caridad, y sin sacerdocio no hay religión. Os regocijáis ciertamente de ver esparcidas por las varias provincias de la República esas congregaciones de doncellas cristianas que bajo diversos trajes y denominaciones se consagran al alivio de los desgraciados. Pues bien, ¿quién ha fundado esas admirables sociedades? ¿quién las sostiene y las dirige? El sacerdocio. Privadlas de su palabra, de sus consejos, de sus socorros espirituales, y las veréis extinguirse como á una planta sin riego. De modo que si el sacerdocio llegase á faltar, como lo quieren sus enemigos, faltaría también con él todo lo que alivia y consuela á los desgraciados.

¿Y qué sería de los pueblos sin el sacerdocio católico? El sacerdocio es un ministerio de celo universal, que se extiende á todas las necesidades del hombre. Es por su estado y vocación el encargado de dirigir á las almas por el camino del cielo y de hacerlas felices haciéndolas mejores. Debe instruir á los hombres en sus deberes y aliviarlos en sus males; debe enseñarles las verdades más importantes y las únicas absolutamente necesarias. Los sacerdotes son los verdaderos maestros del pueblo: muchos no tienen más instrucción que la que reciben de sus labios.

En cada ciudad, en cada aldea hay un sacerdote que vive enteramente consagrado al servicio de sus semejantes; especialmente de la clase más indigente, la más olvidada, la que desprecian los ricos y los sabios, y que forma la inmensa mayoría de los pueblos. Este sacerdote es el párroco, que es todo para todos, como dice el Apóstol: para el niño á quien hace renacer á la vida de la gracia en las aguas del bautismo, y á quien da á conocer sus inmortales destinos; para los adultos á quienes evangeliza; para los pecadores á quienes reconcilia con Dios; para los jóvenes esposos cuya unión bendice á nombre del cielo; para los moribundos que reclaman los auxilios de la religión. ¿Qué idea tendría el pueblo de Dios, de la Providencia, de la vida futura, de todas las verdades que aseguran las virtudes domésticas y sociales, si el sacerdote no se las enseñase? Por medio del ministerio sacerdotal se forman los buenos hijos, los buenos padres, los buenos esposos, los buenos ciudadanos, porque todo eso lo procura la fe que él sostiene y la virtud que él inspira. Por eso ha podido decir con toda verdad un sabio obispo, «que el sacerdocio de la religión cristiana es la institución más favorable á la humanidad de cuantas el mundo ha conocido».

«El sacerdote, agrega Debreyne, es el hombre de la inmolación y de la caridad. Él resume en su persona todas las abnegaciones y todos los sacrificios. Es el apóstol de la verdad, y por consiguiente de la sociedad, de la civilización y de la libertad, porque todos estos bienes nos han venido con la verdad.» [1]

¿Por qué, pues, se odia al sacerdocio y se procura desacreditarlo? Aquí pudiéramos repetir la palabra del divino Maestro delante de sus jueces: «Si he hecho mal, mostradme en qué; y si no ¿por qué me hieres?» ¿Se encuen-

[1] *Debreyne,* Théologie morale.

tran defectos en algunos de sus miembros? No negamos que puedan delinquir, puesto que no son ángeles y viven en un mundo lleno de peligros, aún por razón de sus mismos ministerios; pero no hay justicia en tomar en cuenta sus imperfecciones y no apreciar sus virtudes y sus beneficios. Se recogen con placer los defectos, verdaderos ó falsos, que esparce la maledicencia, y se olvidan los trabajos, las obras, las virtudes, á veces heroicas, de tantos pontífices, pastores, misioneros, miembros ilustres de comunidades religiosas que consagran su vida al bien de los demás. Los detractores del clero, para ser consecuentes, debieran proscribir sin piedad todas las profesiones, porque en todas ellas hay abusos inevitables. Pero los abusos, verdaderos ó supuestos, del estado sacerdotal, no son en verdad más que pretextos para apartar á los pueblos de la religión. Sus enemigos comprenden que sin sacerdocio no puede mantenerse la religión, y que el descrédito es un medio de desvirtuar la acción sacerdotal en las almas. De modo que puede asegurarse con verdad que el odio al sacerdocio es una consecuencia del odio á la religión católica.

IV.

Otro de los males de la época actual á que queremos llamar la atención del pueblo católico, es la propaganda socialista que se hace en el país por medio de publicaciones y reuniones de la clase obrera. Nos contrista la idea de que nuestro pueblo acepte irreflexivamente las doctrinas que han llevado á otros países al borde del abismo y que están produciendo en algunas naciones de Europa trastornos sociales y delitos contra la propiedad que tienen en alarma á los más poderosos gobiernos.

El socialismo establece como un derecho la igual repartición de los bienes de fortuna entre todos los ciudadanos, y como consecuencia la abolición de la propiedad. ¡Guerra

á los ricos! es la consigna del comunista; y la derivación lógica de esta consigna es el despojo ó destrucción de la propiedad particular.

La simple enunciación de esta doctrina basta para persuadirse de que su aceptación traería consigo la ruina de la sociedad tal como Dios la ha establecido. En efecto, la completa comunidad de los bienes de fortuna destruiría la desigualdad de condiciones sociales en que se funda la sociedad. Para que la sociedad subsista es menester que haya relaciones necesarias entre los asociados, de modo que cada uno de los asociados necesite para la satisfacción de sus necesidades del concurso y servicios de los demás. Así, es menester que el rico necesite del pobre, y el pobre del rico; que el obrero necesite del industrial para su salario, y éste necesite del obrero para dar impulso á su industria; que el hombre de profesión científica necesite del cliente para obtener beneficio de su ciencia, y el cliente necesite de aquél para la dirección y resguardo de sus intereses. El hombre entra forzosamente en sociedad, porque necesita del concurso de los demás hombres para vivir; pero la igualdad socialista, haciendo innecesario este concurso, haría desaparecer la necesidad de la asociación, que nos es impuesta por la misma naturaleza.

«El hombre ha nacido para la sociedad; su organización toda entera da de ello testimonio: la sociedad es una necesidad para su cuerpo, una necesidad para su corazón, una necesidad para su inteligencia.» [1]

Por otra parte, la desigualdad de condiciones no es obra del hombre sino de la naturaleza, ó sea de Dios, que reparte desigualmente sus dones. Así como no todos tienen igual talento, iguales fuerzas, igual nobleza, así también no todos tienen igual fortuna. Y de esta desigualdad resulta

[1] *Dufieux*, Nature et virginité.

la armonía social, esa variedad en la unidad que es como el sello de las obras divinas. La propiedad, ya sea heredada ó adquirida, es un derecho tan sagrado como el que tiene todo hombre al fruto de su trabajo, de sus esfuerzos y de sus talentos. Y el día en que desapareciese ese derecho, faltaría todo estímulo para el trabajo, y, por consiguiente, se detendría el progreso en todos los órdenes de la actividad humana.

La doctrina socialista es, pues, antisocial, porque tiende á trastornar las bases en que Dios, autor de la sociedad, la ha establecido. Y no está en manos del hombre corregir lo que Dios ha hecho. Dios, como dueño soberano de todo lo que existe, ha repartido la fortuna según su beneplácito, y prohibe atentar contra ella en el séptimo de sus mandamientos. Pero no por eso ha dejado sin compensación la suerte de los pobres. Si no les ha dado bienes de fortuna, les ha dado los medios de adquirir la subsistencia con un trabajo que, si abruma el cuerpo, regocija el alma. Si los pobres tienen menos fortuna, en cambio tienen menos necesidades: son felices en su misma pobreza. Si los ricos tienen mayores bienes, tienen en cambio más inquietudes en el alma, más deseos en el corazón, más pesares en la vida. Los pobres viven contentos con poco; los ricos viven descontentos con mucho. Á los unos les basta lo necesario para la vida; á los otros no les basta lo que tienen, por mucho que sea; porque las aspiraciones del rico no se satisfacen jamás. «La pobreza, objeto de escándalo para el ignorante y para el hombre sin fe, es para el cristiano fuente fecunda de virtudes y de mérito. La verdadera fortuna del hombre es su trabajo, su actividad, su inteligencia. Saben los pobres que su pobreza es un tesoro para la vida futura, una semilla fecunda para la cosecha de la eternidad.» [1]

[1] *Beluino,* Le Livre des Pauvres.

Según la voluntad de Dios, lo superfluo de los ricos debe ser herencia de los pobres, de manera que si los ricos cumplen con su deber, nunca faltará el pan en la mesa del pobre, ni la miseria se sentará en su hogar. Si Dios exige á los pobres la resignación en sus privaciones, en cambio exige á los ricos el desprendimiento en favor de los pobres. Y ¡ay de aquellos que descuiden esta severa obligación! La parábola evangélica del rico avariento será siempre, no una leyenda sino una severa lección, para los ricos de duras entrañas para con los pobres.

Á estas compensaciones temporales se agregan todavía para los pobres las compensaciones eternas. De ellos es el reino de los cielos, ha dicho el Salvador del mundo: *Beati pauperes, quoniam ipsorum est regnum cœlorum* [1]. Son los pobres, dice un escritor católico, como esos colonos de ultramar que no poseen nada en un hemisferio, pero que tienen millones en otro. Nada tienen en este mundo, pero pueden tener todos los tesoros del cielo en el otro, si soportan con resignación cristiana las privaciones de su pobreza. Si el mundo los considera desgraciados, á los ojos de Dios son bienaventurados. Ellos son objeto de un amor de predilección de parte de Jesucristo, que siendo dueño de todo quiso ser en el mundo el más pobre de los pobres. Los desgraciados de este mundo serán los privilegiados de la patria inmortal. Allí estarán más cerca del Rey de la gloria, porque se asemejaron á Él por la pobreza; y por eso los que quieren llevar en la tierra vida perfecta, se abrazan con la pobreza voluntaria.

Esta sublime doctrina, que explica en los designios de Dios la desigualdad de la fortuna, desvanece completamente los vanos sofismas con que los socialistas intentan justificar sus pretensiones. Ellos pretenden desquiciar la sociedad

[1] Matth. 5, 3.

para hacer felices á los pobres: pero lo que en realidad conseguirían, si llegasen á hacer prácticas sus doctrinas, sería hacer desgraciados á todos, á los ricos y á los pobres, porque todos los bienes de la tierra, repartidos por iguales partes entre todos los pobladores del mundo, caso que ese repartimiento fuese posible, dejarían á todos en la miseria y privados además de los beneficios inapreciables de la sociedad cimentada en el orden y la justicia.

«Si las fortunas fueran divididas, ¿queréis saber, dice el Dr. Beluino [1], lo que daría á cada uno la renta entera de toda Francia? Sólo cerca de 75 céntimos por día. ¿No sería esto la pobreza?»

No os dejéis, pues, alucinar, obreros católicos, por las perniciosas doctrinas que os predican los que, siendo enemigos de vuestra fe, lo son también de vuestra verdadera felicidad. Dios, que os ama infinitamente más que los que se llaman vuestros amigos, no os ha colocado en el puesto social que ocupáis sino para haceros felices. Él quiere que os santifiquéis en el trabajo para daros en el cielo recompensas mayores. Y en vano pretenderíais buscar el bienestar violentando su divina voluntad y sus santas leyes, porque la única felicidad posible en la tierra es cumplir con la voluntad de Dios. Los que la violan encontrarán, tarde ó temprano, su castigo, viendo desvanecerse como el humo sus esperanzas y cambiarse en desdicha la felicidad que creían conseguir por medios reprobados. Vivid resignados con vuestra suerte: la vida es corta y la recompensa es eterna.

Defended vuestra fe, pueblo católico; defended vuestra fe, que es vuestro mayor tesoro: tesoro de consuelo en vuestras penas, de alivio en vuestros trabajos, de esperanzas en vuestras caídas, de salvación en los peligros que

[1] *Le Livre des Pauvres.*

os rodean. Preguntad á los que pretenden arrastraros á la impiedad, ¿qué bien os darán en cambio de la religión que os arrebatan? Preguntadles si ellos estarán dispuestos á reemplazar al sacerdote, que vive consagrado á vuestro servicio, que os consuela en la vida y os conforta en la muerte. Y si ellos no pueden daros nada mejor que lo que os da la religión, paz en la tierra y felicidad en el cielo, ¿cómo podríais prestar oído á sus palabras? La impiedad no ha hecho feliz á nadie; la fe y la virtud hacen á todos felices.

Explicad estos principios á los fieles, amados cooperadores en el sagrado ministerio, seguros de que la verdad se abrirá paso en las inteligencias y hará ver á los extraviados por falsas doctrinas el abismo en que quieren colocar á la nación, privándola de la fe católica y de su benéfica influencia. Yo confío en la sensatez de nuestro pueblo que ha de ver dónde está su verdadero interés y discernir claramente la verdad del error. Los ricos tienen recursos para dominar sus dolores y proporcionarse pasatiempos; pero al privar al pobre de los consuelos de la religión le quitan la causa de sus mejores alegrías y de sus más gratas esperanzas.

Predicad sin cesar la obligación gravísima que pesa sobre los católicos de evitar la lectura y circulación de esos papeles llenos de odio á Dios y á su Iglesia, y que hacen la funesta propaganda del error, de la calumnia y la maledicencia. Recordadles que pecan mortalmente y ponen sus almas en peligro de eterna condenación todos los que de cualquier manera favorecen tan vergonzosas publicaciones de la prensa impía. Llamad particularmente la atención de los padres y maestros que introducen ó permiten en sus casas ó establecimientos de educación diarios impíos. Exhortad á vuestros feligreses á proteger la buena prensa, constituyéndose cada uno en apóstol de la lectura sana, moral é instructiva.

Confiad en Dios, amados hermanos, pues su causa es la nuestra, y todo lo que hemos de desear es el advenimiento de su reino. Nuestro deber es trabajar aun cuando creyéramos que nada alcanzábamos, pues que entonces del mismo Dios recibiríamos toda la recompensa.

Esta Pastoral será leída en todas las iglesias del arzobispado en el domingo inmediato á su recepción.

Dado en Santiago de Chile el 23 de abril de 1893, fiesta del Patrocinio del Señor San José.

MARIANO,
Arzobispo de Santiago.

Por mandado de Su Señoría Ilma. y Rma.

M. ANTONIO ROMÁN,
Secretario.

PASTORAL
SOBRE EL SANTO ROSARIO DE MARÍA.

NOS, MARIANO CASANOVA, etc.

Al clero y fieles de la arquidiócesis, salud y paz en el Señor.

EN todos los siglos se ha mirado como distintivo del fiel cristiano el amor y la confianza en la Santísima Virgen María, constituída madre nuestra al pie de la cruz. La amamos é invocamos como á verdadera madre, y, cosa notable, sólo los católicos nos creemos honrados con tal dicha, pues las sectas no sólo no veneran á la Madre de Dios sino que muchas la desconocen ó desprecian. Somos los católicos los que á cada paso la llamamos madre, y no hay pueblo sobre la tierra que no se haya creído favorecido con su predilección. Amarla y venerarla cada vez con nuevo entusiasmo, es una necesidad de nuestro corazón; y por eso aun los que han naufragado en el mar de las pasiones humanas, conservan la devoción á la Santísima Virgen como un resto de los días de fervor y de inocencia, y no pocas veces es ese el único vínculo que los liga á la religión, cual tabla salvadora en el naufragio. Cuando nada conmueve al moribundo, el recuerdo de su santa Madre lo enternece y le arranca lágrimas de contrición y arrepentimiento.

Y así como el hijo acude á su madre en toda angustia, la Iglesia católica en todas las tribulaciones acude á María